

# Las buenas intenciones

---

Amity Gaige

Rosa Berros Canuria – 14 de julio de 2022

*«Lo que sigue es una crónica de mis andanzas con Meadow desde nuestra desaparición. Mi abogado dice que debería contártelo todo: adonde fuimos, lo que hicimos, con quiénes nos vimos, etc. Como bien sabes, Laura, para ser un hombre no soy reservado, sino más bien hablador —locuaz incluso, podría decirse—, pero aun así hace días que no pronuncio una palabra. Es una promesa que hice. Tengo en la boca un regusto a rancio y a húmedo, a cavernario. Pero resulta que no se me da muy bien guardar silencio. Hay muchísimas cosas que quiero decirte, lo cual bien podría explicar el entusiasmo de este documento, a pesar de lo que cabría llamar la triste historia que cuenta».*

Así empieza **Las buenas intenciones**, con esta declaración de Eric Kennedy. Se inicia así la carta que constituirá toda la novela. Una larga carta en la que el narrador le cuenta a su exmujer lo que hicieron su hija de seis años, Meadow, y él durante su huida, una especie de *road movie* que, desde Albany, les llevó a recorrer gran parte de Nueva Inglaterra para terminar en Boston, la ciudad en la que Eric se había instalado junto a su padre cuando llegaron al país. Y es que Eric no es ningún Kennedy. Y es que la historia no empieza en realidad con esa carta, aunque sí lo haga la novela. La historia empieza mucho antes. A mediados de los setenta del siglo pasado en Berlín oriental cuando Eric aún es Eric Schroder.

*«Un poco de historia alemana, si te parece bien. Las guerras suelen ser una cuestión de mapas, mapas y fronteras, pero de vez en cuando son también una cuestión de muros. La mayoría de los alemanes sienten vergüenza en cuanto surge el tema de la historia moderna, y la suya es una sombra con forma de villano con la que pocos de nosotros tenemos que convivir. Pero déjame decir que tal vez el insólito resultado de su derrota a manos de los Aliados tras la Segunda Guerra Mundial fue el de quedar fragmentados. Por un corto período de tiempo, de hecho, antes de que el país se dividiera en Este y Oeste en 1946, Alemania estuvo parcelada en cuatro, y una pequeña porción fue incluso a parar a los franceses, sabe Dios por qué razón».*

Eric se ha pasado la vida huyendo. Primero, con su padre, huyó de Berlín Oriental hacia Berlín Occidental, y de Alemania a Estados Unidos; luego huyó de su padre y de su propia identidad. Se creó una historia falsa, hizo de sí mismo un personaje que mostraba a los demás sin boato, pero dejando sospechar un ligero parentesco con los Kennedy; se declaraba «criado en una ciudad totalmente ficticia de cabo Cod que llamaba Twelve Hills, "a un tiro de piedra

de Hyannis Port", hijo único queridísimo, dotado de un apellido que sólo podía pronunciarse en éxtasis». Mencionaba Hyannis Port junto a su nombre, Eric Kennedy, y dejaba que los demás sacaran conclusiones.

Eric y Laura se enamoraron y se casaron y como el amor todo lo puede a Laura no le importaba, en principio, que Eric ganara poco como traductor médico o que estuviera en casa sentado en una silla ocupado en su «investigación independiente». Laura enamorada puede con todo y el lector va viendo cosas raras. ¿Investigación independiente? ¿Qué es eso? No sabemos nada de a qué se puede referir el narrador con esta investigación y tardaremos en saberlo y cuando lo sepamos, quedaremos asombrados. «Aparte de a su investigación y a amar a su esposa, el novio no tenía mucha idea de a qué dedicar su tiempo en la tierra».

Y llegó Meadow a completar la felicidad de sus padres. Y Meadow tiene tres años y Eric, ya sin trabajo (la crisis de 2008 terminó con su última ocupación de agente inmobiliario), se queda solo en casa con ella mientras Laura se va a trabajar. Y durante un año, el círculo de complicidad entre padre e hija se va cerrando y le enseña a leer y a chapurrear alemán y le enseña cosas menos adecuadas para una niña, como la putrefacción de los cuerpos de animales muertos. Y la relación entre ambos es tierna, divertida y un tanto irresponsable por parte del padre. «De acuerdo, me esforzaré en el tema del colegio. La llevaré con puntualidad a clase, se acabaron las excursiones espontáneas, ni una más, ¿vale? A partir de ahora mismo».

Y llega el divorcio y Eric no se acostumbra a ver a su hija cuando estipula la sentencia: fines de semana alternos. Y es por eso por lo que en una de esas visitas se la lleva de viaje. Y es tiempo después cuando su abogado le recomienda que escriba esta carta contando todo el periplo que él y la niña vivieron durante aquella huida.

A medida que avanza la narración vamos vislumbrando la verdadera personalidad de Eric, tan encantador como excéntrico. Tan cuerdo a la hora de analizar ciertas situaciones («*No había podido salvar mi matrimonio, no había podido proteger mis derechos como padre, había fracasado de mil maneras, y ahora mi hija, excepcionalmente inteligente, debía volver a Nuestra Señora de la Fatiga Crónica y a su educación para borregos, a sus convencionales abuelos y a su madre inclemente*») como lunático a la hora de actuar.

Y vamos enamorándonos de Meadow, una niña inteligente, muy inteligente para los seis años que tiene en ese momento, de sus ideas y sus maneras de arreglar el mundo, tan lógicas, tan humanas, tan irreales. Tan espontánea para bañarse vestida en el lago como sería a la hora de echarle un buen rapapolvo al irresponsable de su padre.



Amity Gaige

**Las buenas intenciones** es la tercera novela de Amity Gaige. No he leído ninguna más, pero esta me ha parecido una gran novela sobre un personaje en fuga, un personaje que huye de todo, primero, arrastrado por su padre y después, escapando de una situación que no le gusta. Huye para crearse a sí mismo con las mejores armas del mejor americano y se convierte en americano con la fuerza del converso «Tú eras la auténtica americana, y, sin embargo, yo estaba mucho más americanizado que tú».

«Como el Humbert Humbert de Nabokov, Schroder es encantador y manipulador, simpático y tramposo, un embaucador hábil con las palabras. [...] La verdadera fuerza de esta magnética novela reside en la ambigüedad moral que percibe el lector», leemos en una de las siete citas que aparecen a modo de dedicatoria. Sí, se ha comparado esta novela con **Lolita** de Nabokov, pero salvo por el hecho de que un hombre y una niña viajan huyendo de la madre, nada más puedo ver en común. La niña no es una adolescente, es hija del adulto con el que viaja y jamás a este se le hubiera pasado por la cabeza la más mínima idea de carácter sexual hacia ella. Jamás hubiera pensado en **Lolita** de no haber leído al respecto.

Sí estoy de acuerdo sin embargo con la primera de esas siete citas que creo que define mucho mejor lo que es esta novela que recomiendo: «Es como un proyectil dirigido contra todos los tópicos sobre la paternidad y el amor familiar. No te olvidarás fácilmente de Eric Schroder».